

OTOÑO CALIENTE, ¿INVIERNO?...

Ojalá me equivoque, pero mi intuición me dice que estamos a las puertas de vivir un otoño caliente. Y no me refiero a lo meteorológico, donde por mor del cambio climático, las estaciones son, aunque sea imperceptiblemente, cada vez un poquito más calientes.

Me refiero a las consecuencias socioeconómicas de la pandemia, cuyos efectos me temo comenzarán a hacer estragos. La pérdida de vidas humanas y el frente sociosanitario seguirán siendo, sin duda, la prioridad; pero muy posiblemente la madre de todas las batallas se va a librar en el flanco de la economía y el empleo. Vamos a necesitar una cantidad ingente de recursos, pero no solo recursos; vamos a necesitar lo mejor de nosotros mismos -como sociedad, pero también individualmente- para preservar nuestro valor máspreciado: la cohesión social.

Bienvenidos sean todos los planes extraordinarios: del Gobierno Vasco, de la Unión Europea, del BCE, del FMI... Vamos a necesitar todo eso y más. La mayor crisis de nuestra historia contemporánea va a necesitar también de las políticas económicas más audaces de nuestra historia. La batalla a favor de la cohesión y frente a la desigualdad será una batalla a vida o muerte.

Y en este crucial contexto me preocupan dos cosas: la dialéctica generar-redistribuir y el imaginario social que estamos creando de que todo es posible.

Últimamente todos los días nos desayunamos con la reducción de plantilla o el cierre de alguna empresa emblemática. Nuestra primera preocupación es y tiene que ser, lógicamente, el del futuro inmediato de esos trabajadores y trabajadoras -de todos, también de sus directivos- y de sus familias y activar los mecanismos y prestaciones necesarias que les permitan hacer frente a la nueva situación. Pero junto a esa preocupación debe haber otra tan importante o más: ¿cómo generar actividad productiva sostenible que permita crear riqueza y un número igual o superior de puestos de trabajo a los que se han destruido?

No soy experto en economía, soy historiador -y encima llevo tiempo sin ejercer como tal-. Seguro que cualquier economista avezado puede refutar sin despeinarse estas mis preocupaciones infantiles. Pero son las mías, y hoy quería compartirlas contigo lector/a. Las resumo en cuatro breves frases:

1 No se puede redistribuir lo que no se tiene. El empeño tiene que ser siempre doble: redistribuir y generar. Poner solo el foco en redistribuir significa pan para hoy y hambre para mañana.

2 No hay maná. No sé si lo que cuenta la Biblia sucedió o no. Si sé que no podemos cifrar todas nuestras esperanzas en un hipotético maná del siglo XXI. Habrá inyecciones de recursos como nunca antes habíamos conocido, pero los recursos son siempre finitos.

3 La deuda es un bien necesario. No hay presente ni futuro sin el recurso a la deuda. Bien lo sabemos todos y todas en nuestras economías domésticas. Ahora bien, endeudarse sin límites es el mayor acto de injusticia para con nuestros hijos e hijas. No tenemos derecho a hipotecar alegremente su futuro.

4 Tenemos que reivindicar y ejercer nuestros derechos -faltaría más-. Pero me temo que nos estamos autoconstruyendo una falsa utopía, un falso mundo de yupi: vivir en una sociedad de derechos donde no exista el corolario de una sociedad de obligaciones y responsabilidades.